

# EL BOLETIN



AÑO XXIV



ENERO

MARZO

1959



NUM. 1



## SUMARIO:

CRISTO: SIERVO Y SEÑOR

Por el Prof. José A. Cardona



EL PASTOR Y LA ORACION

Por el Rdo. Miguel Limardo



ESPIRITU, HIJO Y PADRE

Por el Prof. Tomás J. Liggett



PARRAFOS DE ALBERTO REMBAO

# Crísto: Síervo y Señor

Por: el Profesor José A. Cardona

La persona y la obra de Jesucristo es hoy día el tema central y el contenido del mensaje de la iglesia contemporánea. Hubo una época en la teología en la cual se consideraba al hombre como un ser en continuo y ascendente progreso. Algunos teólogos seguían el criterio de algunos filósofos y pensadores que postulaban la razón como la corte final del conocimiento. En el presente la razón es agente clasificador de la revelación de Dios. Pero hubo modernistas que preferían hablar de cristo como el gran psicólogo, el primus inter pares entre los genios religiosos. El púlpito sagrado de los tiempos presentes proclama la negrura del pecado, la salvación en Cristo Jesús, el hijo en rebeldía, etc.

Cuando las esperanzas de un mundo mejor a base de los postulados modernistas desaparecieron porque dos guerras una tocando los talones de la otra hicieron que el hombre despertara de su letargo y orgullo, se pensó buscar una base estable y que produjera una vida más a tono con la naturaleza y el estado del hombre. La iglesia cristiana pensó que se había tergiversado el significado de Jesucristo, y que era necesario reexaminar la cris-

tología y sus implicaciones para un mundo en crisis.

Varios teólogos contemporáneos, casi todos testigos de una Europa, que gemía ante la agónica situación de su existir, se dieron a la más profunda reflexión y al pensamiento más serio sobre tan gravísimas cuestiones. Luminarias de la magnitud de un Emilio Brunner, de un Paul Tillich, de un Rudolf Bultmann y otros han contribuido a los estudios cristológicos más significativos para este siglo. Brunner ha producido uno de los mejores estudios cristológicos del momento según su obra El Mediador. Pablo Tillich ha producido una Teología Sistemática en la cual dedica cerca de 187 páginas al problema del Salvador del mundo. Las meditaciones sobre lo que Jesús es giran hoy alrededor de la incapacidad del ser humano de hacerse de una vida abundante, cosa única, y que nada ni nadie más puede producir.

La teología no se bate sola en este renacer cristológico. Una legión de predicadores, aquí y afuera han hecho del púlpito sagrado el centro poderoso que irradia luz orientadora sobre la persona y la obra de Jesús. Años ha que se predicaba sobre Cristo el gran psicólogo, el gran genio entre o-

---

## EL BOLETIN

Revista Trimestral publicada por el Seminario Evangélico de P. R.  
Apartado 426, Río Piedras, P. R.

Director: Jorge N. Cintrón

Admitido como correspondencia de segunda clase en Sept. 28, 1938, en el correo de Río Piedras, P. R., de acuerdo con la Ley de agosto de 1912.

AÑO XXIV

ENERO - MARZO de 1959

NUMERO 1

tros, el máximo exponente del que su-  
po vivir en absoluta dependencia con  
su Dios. El viraje que se experimen-  
ta hoy es hacia el Cordero de Dios que  
quita el pecado del mundo, el Cristo  
que vino a reconciliar al pecador con  
el Creador, el Redentor que es el ú-  
nico capaz de quitar el abismo o de  
ser puente, que el hombre, vanidoso y  
arrogante, estableció en su caída.

El mundo cristiano siente su respon-  
sabilidad en los asuntos de la cultura  
y de la civilización en la que vivimos.  
Además de la teología del púlpito, los  
movimientos denominacionales, interde-  
nominacionales y cuménicos se han  
lanzado a la lucha para esclarecer,  
para fundamentar, para orientar a las  
tendencias de hoy siguiendo la línea  
cristológica. El protestantismo, siem-  
pre vigilante, presto para dar luz, con-  
secuente con su origen, ha pensado  
en Cristo como el sirviente Señor.  
Aunque a veces el trabajo pastoral se  
convierte en rutina, no por eso, a la  
llamada, el pastor sigue dicha rutina,  
sino que asiste a la lucha para poner  
sus recursos al servicio de la causa  
de Dios. Somos concientes del hecho  
de nuestra iglesia. Es indubitable que  
lo que la Iglesia piense sobre Jesús de-  
terminará la clase de pastores que ha  
de usar, las actividades que realicen  
las congregaciones, la educación reli-  
giosa que se implante, la música sa-  
grada, y la adoración en su totalidad.  
Por lo ya expuesto el tema que desa-  
rollamos tiene su importancia obvia.

El título del asunto en cuestión nos  
obliga a discutir tres aspectos que en-  
vuelve y que son inseparables. Un  
aspecto le da significado a los dos res-  
tantes y viceversa. Así como un  
triángulo deja de serlo en el instante  
en que se suprime uno de sus tres án-  
gulos o uno de sus catetos, nuestra  
apreciación y el significado de Jesu-  
cristo quedaría trunca y débil sino  
analizamos las tres dimensiones de su  
ser: Cristo, Sirviente y Señor. Dán-  
dole un sabor más teológico diríamos:

Lo eterno vino a la situación para vol-  
ver a la eternidad.

No fue un hecho ni accidental ni  
fortuito que al nombre de Jesús se le  
añadiera el adjetivo el Cristo. El Evan-  
gelio según San Marcos relata una de  
las experiencias de mayor significado  
que tuvieron los discípulos tocante al  
verbo encarnado. Jesús caminaba por  
las aldeas de Cesarea de Filipo. La oca-  
sión fue propicia para el Maestro lan-  
zar a sus compañeros una de esas  
preguntas, en este caso la pregunta  
cumbre, que no tiene contestación  
usando las categorías humanas del sa-  
ber. ¿Quién dicen los hombres que soy  
yo?

El problema que planteó Jesús en  
aquella ocasión podía resolverse de dos  
maneras. La fórmula primera es la  
histórica, razonada, ambiental. La  
contestación a la pregunta podía ser  
a base de inferencia, de una lógica es-  
tricta, de un método científico. En  
la Biblia esta solución es a base de la  
carne y de la sangre. El resultado  
produciría un Jesús que resumiría las  
mejores cualidades de Juan el Bautis-  
ta, de Elías y de los profetas. Duran-  
te el siglo 19 la contestación a la pre-  
gunta, por lo menos lo que prevaleció  
en los círculos teológicos más altos,  
estaba concebida en esta categoría hu-  
mana. Profundo y sabio como lo era  
Schleiermacher, miró a Cristo como el  
genio entre otros, primus inter pares.  
Jesús se miró esencialmente con la lu-  
pa de la razón, corte suprema del sa-  
ber. De acuerdo con Schleiermacher,  
Jesucristo fue la reconciliación de lo  
finito con lo universal, lo temporal  
con lo eterno, la unión de Dios y el  
hombre. (1) No obstante, Jesús se-  
guía siendo hombre con letra minús-  
cula

Según la fórmula segunda, ni la in-  
ferencia ni la lógica ni la carne, ni la

---

(1) Walker, Williston, a History of  
the Christian Church. 1949. p. 534.

sangre ayudan a la solución del problema. El impulsivo discípulo llamado Pedro hizo la afirmación más sobresaliente y la de mayor importancia que se registra en toda Biblia: Tú eres el Cristo, ¿Qué sucedió en aquel apóstol al pronunciar aquellas palabras de una afirmación tan fundamental? Señalamos que las categorías históricas y gnoseológicas resultaban ineficientes para que Pedro llegara a la conclusión de: Tú eres el Cristo. La hora había venido para que la revelación de Dios, de arriba hacia abajo, capacitara a Pedro para afirmar atinadamente lo que era Jesús.

¿Qué significa el Cristo? Si consultamos a la Septuaginta encontraremos que el término Cristo es la traducción de la palabra hebrea (maschiach). Quiere decir ungido. (Christo's es más un apelativo. Oigamos lo que nos dice Paul Tillich, posiblemente el filósofo-teólogo más profundo de nuestro siglo sobre el problema ontológico, sobre Cristo:

**El cristianismo es lo que es por causa de la afirmación que Jesús de Nazaret, que ha sido llamado el Cristo es verdaderamente el Cristo, es decir, aquel que trae el nuevo estado de cosas, el nuevo ser... Dondequiera que se mantenga la afirmación que Jesús es el Cristo, ahí hay el mensaje cristiano; donde se niega esa afirmación, se niega el mensaje cristiano... El cristianismo no nació con el advenimiento de un hombre llamado Jesús, pero sí en el momento cuando uno de sus seguidores fue inducido a decir, "Tú eres el Cristo", y el cristianismo vivirá en tanto en cuanto haya personas que repitan esa afirmación... (2)**

¿Cuál es el alcance de que Jesús es el Cristo tanto para la iglesia como

para el cristiano creyente? Aquí entra el misterio de la eternidad y de la divinidad de nuestro Redentor. Lo que sabemos sobre el particular es un dato extraempírico, como lo pactó Pedro, porque fue Dios quien lo dió a conocer.

El no creyente mirará este hecho con sospecha, pero el hombre de fe, el que Dios ha tocado su corazón en un acto de amor y de misericordia, reconoce que en Cristo es donde la salvación se fundamenta, donde la vida cobra su significado más hondo, donde la existencia se hace realidad. Dios, compasivo y amoroso; Dios, eternidad y misterio tremendo, hizo acto de presencia en la historia. ¿Como fue posible, entonces, que lo atemporal se hiciera temporal, que lo misterioso se hiciera dato que los hombres pudiéramos examinar con los recursos humanos, que la pureza absoluta se moviese en la esfera de lo pecaminoso, que el acto puro se presente en las contingencias espacio-temporales? La contestación se encuentra en la Palabra de Dios: Jesucristo. Y aquel verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad. Juan 1:14.

El movimiento de Dios hacia la historia que se efectuó en la encarnación tuvo su génesis en la precaria situación en que el hombre mismo se había colocado al renunciar la vida en el Hacedor. El ser humano, una vez vinculado a Dios por el amor y por la responsabilidad, hizo uso de su libertad y renunció a tan grandes privilegios. Resultó de esa acción que un abismo nació entre el Creador y la criatura. El que es "completamente otro" no podía continuar en mutua relación con el que decidió ser "completamente pecador". Pasada la satisfacción del momento, despertó el ser humano a la realidad de una espan-

(2) Tillich, Paul, *Systematic Theology* Vol. II.

tosa tragedia. Ya no podía rectificar. Carecía de medios y de fuerza. Tenía el querer pero no el hacer. No obstante, en la sazón de los tiempos, le plugo al Dios Omnipotente hacerse siervo para que el hombre recobrase su estado primigenio y obtuviese lo que ni merecía ni podía conseguir por sus propios méritos. Estas reflexiones nos llevan a considerar a Cristo como el sirviente o el que sirve.

Tal parece que nos encontramos ante una dialéctica o una paradoja cuando al Cristo le llamamos sirviente. ¡Qué inescrutables e insondables son los actos de Dios! El Cristo, verdadero y eterno Dios, igual con el Padre y de su misma substancia, el que era y es y será, el que fue el autor de la creación, tomó la naturaleza humana, con todo lo que eso implica, y se hizo siervo de todos. Volvamos a las Sagradas Escrituras para encontrar iluminación sobre tan grandioso hecho.

En la Carta a los Filipenses encontramos un pasaje donde estos dos puntos se destacan con marcado relieve. Citemos: Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús: El cual siendo en forma de Dios, no tuvo por usurpación ser igual a Dios: Sin embargo, se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a hombre, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Filipenses 2:5-8.

Parentéticamente, veamos la forma como en el diccionario de Thoyer se traduce el pasaje:

El que, aunque llevaba la forma de Dios, no creyó que su igualdad con Dios tenía que ser retenida, pero se vació de ella (la dejó) para asumir

la forma de siervo, en que se hizo parecido a los hombres. (3)

Un examen exégetico de esta porción bíblica es ayuda de gran valor para justipreciar el contraste entre ungido y siervo. Jesucristo se define en morfee doulou, en forma de siervo. Estas dos ideas que contrastan tanto a la vez se complementan. Conviene que hagamos una necesaria explicación del término siervo, servidor o sirviente. Aquí no se trata de un vocablo despectivo y denigrante. No conllevan esas palabras el significado de sometimiento indigno, o rango social indeseable. Dejaremos que esta disquisición en su desarrollo demuestre cómo sirviente es símbolo de grandeza, de glorificación, de salvación.

La esclavitud del hombre consistió en que al libertarse de su Creador se hizo esclavo de su yo. En el momento en que dejó de amar a Dios se amó a sí mismo. El hombre buscó su propia glorificación convirtiéndose en el centro aunque era excéntrico. Su egocentrismo le indujo a la triste realidad de hacer una existencia de desvelos y de ansias personales. A su vez, dejó el ser humano de ser responsable. La irresponsabilidad le condujo a una vida sin timón, atrofiada.

La noche de la amargura tendría su amanecer. Por varios siglos Dios había continuado relacionándose con los hombres aunque en forma parcial. Los profetas hablaban sobre la necesidad de la reconciliación por medio de la obediencia de la Ley. El pueblo hebreo decidió ampararse a la sombra de una vida forense pero pronto descubrió que su agonía se hacía cada vez mayor. La ley, en verdad hacía esclavos, y esclavos sin esperanzas. ¿Por qué? Las demandas de Jehová implicaban impotencia. La ley musitaba al pecador una sentencia de muerte. La vida estaba al amparo de obedecer todo lo que Dios exigía, y esto es imposible para el pecador.

---

(3) Thoyer, *Greek English Lexicon of the New Testament*.

Pero, Dios actuó a su tiempo en términos de amor. "Dios, habiendo hablado muchas veces, y en muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos días no ha hablado por el Hijo . . . Hebreos 1:1-2a.

Toda la información bíblica a nuestro alcance impresiona de un modo profundo en el aspecto de Jesús como el servidor. La vida física del Maestro se inició en las circunstancias económicas menos halagadoras. Se sujetó a la indigencia pero jamás la reprocha. Toma esa condición como un hecho natural y lo cita sólo para indicar alguna enseñanza. Es más en varias ocasiones mira las comodidades como un impedimento al desarrollo de las valías humanas. En una de sus parábolas refiere el caso de un hombre que, después de haber almacenado cuantiosas cantidades de granos se paseaba orgulloso por sus riquezas. A un joven rico se le imposibilitó la entrada en las grandezas del reino porque las comodidades se lo impedían. El divino maestro prefería una vida de siervo en la pobreza pero con una vida profundamente significativa, que una vida de siervo en las riquezas donde éstas, en vez de ser poseídas por el individuo como medios para benéficas realizaciones se convierten en fines y poseen totalmente al individuo. Las riquezas que aniquilan las potencialidades de la existencia son una maldición. En cierta ocasión el diablo le ofrecía al Maestro poder político grandes extensiones de tierra, los medios de exhibicionismo que le hubieran dado fama y otras cosas más, pero prefirió ser siervo de la escasez con significado. Recordemos el ofrecimiento que se le hizo de una corona y así reinar entre los suyos con la fuerza de las cosas materiales, pero se hizo siervo del amor para reinar en todos los corazones con la fuerza de los principios divinos. Las zorras tenían sus cuevas y las aves sus nidos,

pero el Hijo del Hombre no tenía un lugar donde recostar su cabeza. No es posible servir a Dios y a Mamón.

Jesucristo nos rinde el mayor de los beneficios cuando nos capacita a poner un fundamento sólido a la vida y para eso se hizo nuestro sirviente Señor. Vivimos en un siglo donde los valores se pueden confundir con suma facilidad. La vocinglería de nuestro tiempo pone una nota de confusión y es fácil la tergiversación de los verdaderos valores. La manía de hacer las cosas pronto y ligero para satisfacer lo momentáneo y lo transitorio le rinde un mal servicio a la felicidad del ser humano. Nuestro Redentor vivió muy poco tiempo entre los hombres, pero lo suficiente para que nosotros sepamos hacer de lo mínimo lo máximo.

Cristo como el sirviente Señor nos condujo a una relación de comunión con Dios. En el Antiguo Testamento el pecador contaba con tres recursos para recibir la misericordia del perdón, a saber: sacerdote, altar y sacrificio. Estas tres cosas tomadas en conjunto constituían la esperanza del que transgredía el mandamiento de Jehová. No obstante esto no era más que una sombra de lo que sucedería en lo futuro. Nos informa el libro de Hebreos, quizás la primera filosofía de religión que se escribiera, que todo lo sucedido en el Antiguo Testamento señalaba hacia Jesús. Ya no es necesario el sacerdote para ofrecer la sangre caliente como expiación de los pecados. Vino uno que es eterno, según el orden de Melquizedech. El sacerdote antiguo era un pecador sujeto a los vaivenes de la carne. Ahora nuestro intermediario es uno sin pecado. Ya no es necesaria la sangre del palomino o del cordero porque Cristo es el sacrificio único y último cuya sangre nos limpia de todo pecado. Ya no es necesario un altar he-

cho de mano de hombres, pues Cristo posee el altar que es en Dios. ¿Cómo fue todo esto?

Vuelve la Biblia a ser luz clarificadora sobre el particular. El Hijo se sometió al Padre en todo sentido. Dijimos en un lugar anterior que la ley, con sus demandas exigía cumplimiento cabal. Pero ¿quién podría decir que la había cumplido toda? En la comunión entre el Padre y el Hijo esto que era prácticamente imposible se hizo carne de realidad. No he venido para abrogar la ley y los profetas, sino a cumplir. Ni una jota ni un tilde desaparecerían. El que era la ley se hizo ley para dar feliz realización a la justicia divina. El amo de la ley se hizo sirviente de la misma para quitar nuestra servidumbre de ésta.

Quizá el hecho de mayor trascendencia es el relacionado con la armonía y supeditación de la voluntad del Hijo con la voluntad del Padre. La dimensión de lo personal sólo es factible allí donde hay acciones volitivas. El desear, el querer, el rechazar, el armonizar son actos que adquieren significado allí donde las personas ponen sus voluntades en función. Dios, como persona que es, tuvo un plan para beneficiar al hombre caído, y necesitó de otra persona para llevarlo a feliz realización. El ser llamado hombre estaba incapacitado para bregar en tan misterioso y divino paso. Le plugo al Hacedor dar a su Hijo, el Unigénito, el Verbo que se hizo carne y por el cual todas las cosas son hechas.

Entre la voluntad de Dios y la voluntad de Cristo hubo una concordancia absoluta. Sin embargo en todas las expresiones que sobre el particular nos han dejado los escritores del Nuevo Testamento, obtenemos la impresión, que tal concordancia se produce porque Cristo se colocó en actitud

de sujeción. En la oración dominical dice: sea hecha tú voluntad así en la tierra como en los cielos. Existe un gran número de frases dichas por Jesús que indican esto claramente, tales como "Padre mío, si es posible, pase de mi este vaso; empero no como yo quiero, sino como tú. (Mateo 26:39). Padre mío, sino puede este vaso pasar de mí sin que yo lo beba, hágase tu voluntad. (Mateo 36:42). No puedo yo de mi mismo hacer nada: como oigo, juzgo: y mi juicio es justo; porque no busco mi voluntad, más la voluntad del que envió, del Padre (Juan 5:30). Dícele Jesús: Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra. (Juan 4:34).

Jesucristo, al hacerse siervo, buscó la voluntad divina por medio de la comunión en sus variadas formas. Cuando la tarea que se le encomendó tomaba visos difíciles, se alejaba a la montaña o a los parajes desiertos, y allí a veces acompañado por las aves y las flores y en otras ocasiones arrodillado junto a una roca seca, se dirigía a su Padre para conocer los deseos de éste. Hubo momentos en que se refugiaba en una casa hospitalaria y allí volvía a pedir la orientación de arriba. No obstante la concordancia entre el deseo del Padre y del Hijo tenía el objetivo principal de ayudar al pobre pecador, que gemía bajo el azote del pecado, de la enfermedad y de la angustia. Jamás buscó Jesús su propio bien y sus propias comodidades. Jamás hizo lo contrario de lo que Dios deseaba que El hiciese. Era el servidor que todo lo ponía a la disposición de la criatura, por el amor sin límites que sintió por ella.